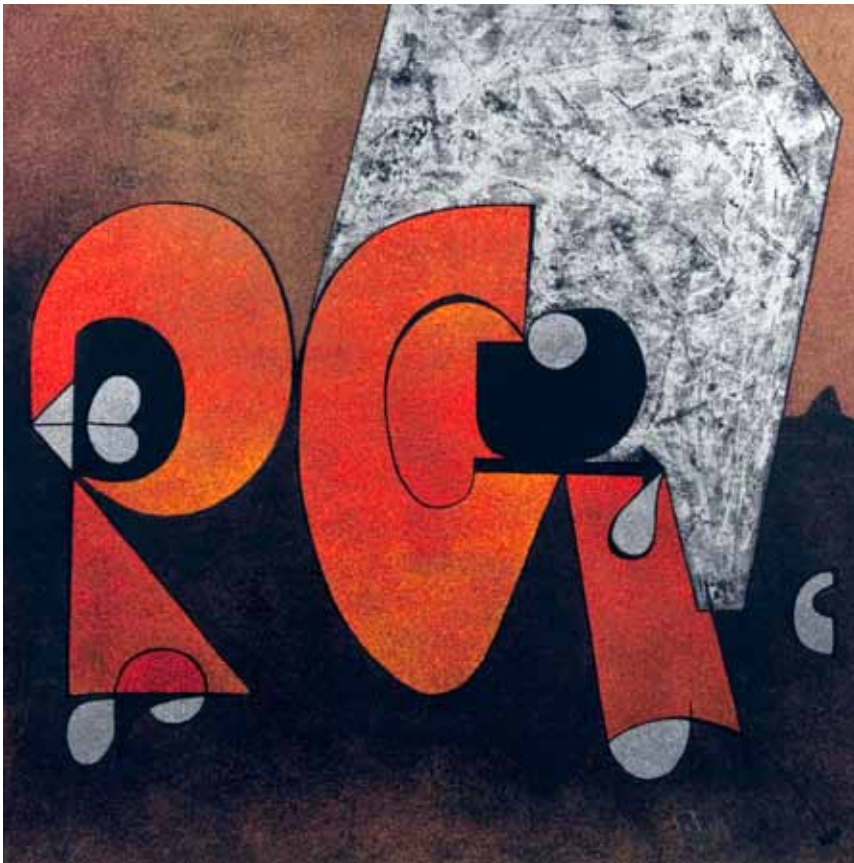


Roger Kimball: espectáculo academicista



Manuel Felguérez, colección UAM

Llamil Mena Brito

El radicalismo de moda que nutre a una parte tan amplia de la crítica del arte contemporánea es una criatura —igual que el radicalismo de moda en otras áreas de la vida— que engorda alimentándose de sus crías.

Siempre fue así.
—Roger Kimball

EN 2004, EL SEÑOR ROGER KIMBALL publicó lo que hasta hoy es su última obra, *The Rape of the Masters: How Political Correctness Sabotages Art*, libro que este

año el Fondo de Cultura Económica tradujo al español con el nombre de *La profanación del arte. De cómo la corrección política sabotea al arte*. Pido de manera atenta percibir que la variación en la traducción de la primera parte del título no es menor y hago esta primera acotación porque en el espectro de este libro las palabras adquieren un valor radical.

Existe algo profundamente atractivo en aquella variante bibliográfica que hace de un potencial debate una exposición que ridiculiza y busca polemizar por puro gusto. Esta condición es lo único que me permite comprender la necesidad de traducir un libro como el que hoy se presenta



aquí, cuyo valor es sospechosamente innecesario para la comprensión de un objeto de estudio, pero que atrae por razones inciertas.

Vayamos por partes: de ninguna manera hablamos de un libro sobre arte, a pesar de que compendia siete estudios sobre artistas que van de Courbet a Van Gogh. También nos encontraríamos ante la misma dificultad al pensarlo como una revisión de tendencias críticas, pues debería existir uniformidad en los temas para establecer que se habla de crítica de arte. Podríamos conceder que es un libro historiográfico y sin embargo dejaría mucho qué desear para el interesado en esta disciplina. La realidad es que conviene confrontarlo como un libro de política académica, pues calificándolo así, al menos tendría algo que aportar al debate, aunque muy poco como estudio crítico. Sin más, si usted lo decide, puede comprobar en este ejercicio un libelo que caracteriza (por no decir caricaturiza) un espectáculo académico donde prácticamente cualquier enfoque contrario al formalista es denostado no tanto por incompetente sino por engañoso.

La profanación del arte es definitivamente otro tipo de libro, uno que hace del escarnio, la invectiva y la fobia los recursos retóricos para exponer de forma parcial y satírica un discurso polarizado —mediante

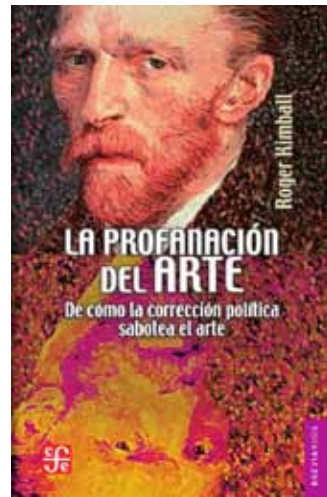
el pretexto de “la obra de arte”—, y desarrollar así las condiciones de una postura ideológica. Aquí se decanta la pugna y el trasfondo real del producto: la condición política que incomoda, la postura moral frente a un debate, condición que, en todo momento, y aunque el autor quiera alejarse por método de ella, no consigue más que acentuar más y más. Muy rico e importante habría sido que el autor entrara de lleno en la discusión, pero lo lamentable es encontrar que al ser ésta la condición vilipendiada *a priori*, el debate es eludido a favor de la grosera caricaturización generalizadora de un hombre que cree poseer *El método* y *La verdad* y, por ende, las herramientas para emprender una cruzada. Y si usted me tuviera la confianza suficiente, compartiría conmigo la indiferencia ante un estudio que tan poco aporta al interesado en el arte, pero si no la tiene, como yo mismo hice, puede inferir que en el fondo hay algo más: algo ciertamente perverso. Pero, inteligente lector, no confíe en mí. Remitámonos al extracto del texto para que de forma empática con el libro hoy presentado, demos un paseo por el intenso mundo de la retórica radical:

Incursionar en esta especie de ciénega académica es algo inefablemente deprimente. No sólo es

cuestión del seudopensamiento repelente, los clichés y eslóganes políticos, el sabelotodo tono amenazador. Todo esto no deja de ser lastimoso. La verdadera tragedia de esta verborragia a prueba de lectura es que funciona como un profiláctico que imposibilita el contacto directo entre los estudiantes y las obras de arte.

Llamémosle a este extracto prueba A. En ella podemos observar un ejemplo de que el autor apuesta por crear en su lector la idea de un ambiente hostil. Ya decía, una cruzada en contra de un seudopensamiento repelente que no sólo nos ubica en una circunstancia deprimente y lastimosa, sino que cuenta con una estrategia, la llamada verborragia a prueba de lectura que atenta contra el principio más elemental del saber: el contacto entre alumnos y el objeto de estudio. Sin embargo, la metáfora no tiene desperdicio, para Kimball “funciona como un profiláctico que imposibilita el contacto directo entre los estudiantes y las obras de arte”. Es decir, si usted es un sujeto sensible al debate del uso de anticonceptivos, bien debe sentirse aterrizado por la capacidad discursiva que estos perversos académicos utilizan con los estudiantes del arte; si no, resulta un ejemplo muy ilustrativo de la estrategia que el señor Kimball utiliza para denostar lo hostil: el viejo recurso del tropo que permita emparentar lo otro con lo in-moral, que no sólo contamina el alma sino que resulta sucio y antinatural.

Pero volvamos rápidamente al título del libro. *Violación y profanación* no denotan lo mismo; mucho menos *maestros y arte*. La diferencia es más que semántica, digámoslo otra vez: es ideológica, y en este caso, hagamos una revisión desde la historia del arte, la variación afecta la comprensión de lo que realmente Kimball quiere exponer. Regresemos a él:



Roger Kimball

La profanación del arte. De cómo la corrección política sabotea el arte

Traducción de Mariano Sánchez Ventura
México, FCE, 2011, 210 pp.

Es más frecuente que el ataque contra el arte siga una estrategia indirecta. La obra de arte sirve como la ocasión de una elucubración crítica, un sermoneo político, una exégesis teórica o seudoteórica [...]. Aquí, también, se da cierto ensalzamiento espurio... más del intérprete. Pero en relación con la obra de arte el resultado es un despojo, una violación.

En este extracto, la prueba B, podemos identificar la batalla central. Como existe un ataque contra el arte, la obra ha sido convertida en otra cosa, diría alguien más sensato. Sin embargo, para Kimball ha sido despojada, violada; y si recordamos la prueba A, el manejo retórico nos indica la gravedad del caso. La profanación, normalmente relacionada con lo religioso, no es lo mismo que la violación, que se concibe como sexual. Entonces el agresor, engañosamente, ultraja el principio íntimo de un objeto. Si no estuviéramos hablando de obras de arte, ciertamente deberíamos sentirnos perturbados, pero sí, aún nos encontramos en el universo de cuadros y artistas. De forma colateral debemos inferir que el carácter del sujeto adquiere una relevancia mayor. Por una parte,

hay un sujeto insignificante, uno que puede y debe perderse en la generalización: el intérprete; por otro lado hay figuras cuyos nombres deben rescatarse, *maestros* que representan lo mejor y lo peor en esta maniquea forma de entender el problema del arte. Dos ejemplos:

Como sus maestros Jacques Derrida y Michel Foucault, el profesor Moxey piensa que la higiene mental básica —empezando por cierto respeto hacia la evidencia y el razonamiento sólido— no es importante. Lo que importa es la política —más una porción de autoensalzamiento—, no la verdad. Así que sus “criterios” son simplemente pretensiones políticas.

[...] y como Jacques Lacan, cuyo freudismo radical ha sido un regalo del cielo para los oscurantistas de todas partes obsesionados con el sexo [...]

Sobra explicar la prueba C. Deduzcamos con estos tres casos que en buena medida la forma de construcción del argumento del autor es política y moral. Su ataque está dirigido a una compleja abstracción de académicos cuyas propuestas, ciertamente algunas disparatadas, ofende y contamina algo que en esencia debe ser entendido por su abstracta pureza o inviolabilidad. A mi parecer, la cuestión más perversa se halla en la forma en que de un plumazo puede generalizar los horrores académicos como escurridizas tretas políticas compendiadas en el concepto de lo teórico. Aquí, en el sin duda más interesante aspecto de este libro, Kimball consigue tocar un punto medular de la labor académica moderna, sin embargo, rápidamente elude profundizar en la circunstancia y crea, nuevamente, un compendio de referencias radicales que pierden el debate. Es ésta la función del espectáculo académico.

Me gusta pensar que en el año 2004 el señor Kimball encontró la conjunción histórica ideal para este panfleto; los días de la administración Bush estaban contados y su país vivía la efervescencia de un movimiento político que debió ser terrorífico para un maestro conservador como Roger Kimball. Una elección presidencial plagada de jóvenes, muchos universitarios, exigiendo un cambio tan radical: elegir a un hombre joven y afroamericano como Barack Obama; una aberración que congregaba jóvenes en los campus universitarios y creaba una imagen providencial no sólo para los estadounidenses sino para el mundo entero. En más de una ocasión en el texto, Kimball habla de incivilización, de hecho subtitula uno de sus apartados como “una campaña a favor de la incivilización”. Es ésta la condición con la que el autor pretende demostrarnos que su cruzada es real, no hablamos de formas de entender, resolver, analizar, ni siquiera lucrar; hablamos de algo más peligroso: formas oscuras de retroceso.

El vocabulario del deleite estético se refunde en una parodia demoníaca de sí mismo. La moraleja es que el arte ya no es más inmune a la perversión que cualquier otro ámbito del quehacer humano.

De entre todos los pecadillos que puede presumir la aproximación de Kimball hacia el estudio del arte se encuentra la completa negación de la posibilidad histórica de la obra, pues pareciera que, en él, la historia culmina en el marco (físico), y seazona con una erudita recapitulación de hechos biográficos y uno que otro comentario, especialmente del artista; pero más allá, el trayecto, la condición material, el reuso, la reinterpretación, vamos, la trascendencia no es cuestión relevante, mucho menos determinante. Esta omisión



Manuel Felguérez, colección UAM

convierte a la obra de arte en un objeto cuasi místico, cuyo acceso es restringido.

Por supuesto, bastantes errores se han cometido al momento de emprender la compleja labor de interpretar una obra de arte. Indudablemente, el corpus de investigaciones está saturado de excesivas y pretenciosísimas búsquedas. Claro que existen (publicados) no cientos, miles de artículos poco críticos que buscan algo más que aproximarse al arte. Sí, señor Kimball... no dudo que exista una crisis académica que condone y promueva muchas posturas y demasiados experimentos distintos en esencia ética a lo que una investigación sería debería aportar. Empero, la forma y el tono de este particular libro diluyen la capacidad de problematizar el asunto central en aras de exponer, paradójicamente, una postura ideológica que Kimball sólo puede resolver en detrimento de lo otro, de aquello que contamina una metodología incierta.

Es en el espectáculo academicista donde Kimball se siente más seguro de hallar los argumentos que restituyen el valor de una postura formalista como santuario de humildad y orden, y probablemente es el elemento de mayor claridad en este libro. Porque, sin duda, el espectáculo que se dibuja es patético, el

rancio hábito ortodoxo que deja la caracterización de Kimball al mundo del estudio del arte debe asustar a cualquier interesado que entre y abandone este libro. Los ejemplos de los que se vale el autor hablan, en su mayor parte, por sí mismos; posturas radicales, ejercicios retóricos, fallidos ejercicios interdisciplinarios, sobreinterpretaciones, pero de ningún modo estos ejemplos deben caracterizar de forma total —ni siquiera cercana— los alcances que la incursión teórica y las reflexiones que otras disciplinas han aportado a las posibilidades críticas de la historia del arte. Reducir la consideración teórica a una mera treta ideológica no sólo resulta ridículo, sino irresponsable.

Los tiempos que a Roger Kimball le han tocado vivir son oscuros, repletos de charlatanes. En el universo de Kimball el sexo se practica con la noble intención de procrear; las fronteras de lo civilizado están bien delimitadas; y la política es una aberración democrática que permite a cualquier imbécil pensar y escribir desde la subjetividad, pero ésta es el desagüe. El universo de Kimball es aséptico, limpio. Y las reglas ya fueron escritas y son muy claras: el arte es cosa para artistas y maestros.

Este es su santuario y, por supuesto, muy pocos están convidados a conocerlo. ■■■